

El alba del ser humano

(Los primeros indicios de civilización)

Podemos situar este período hacia fines del Paleolítico —aunque algunos autores proponen una etapa intermedia denominada Mesolítico— y con plena claridad en el Neolítico. Este estadio del desarrollo humano puede definirse, con propiedad, como el alba de la civilización: el momento en que comienzan a manifestarse los primeros indicios de una vida comunitaria organizada y de una estructura social más compleja.

De forma sintetizada, y con fines didácticos, como de estudio, podemos proponer esta cronología para la **paleohistoria** y el alba del ser humano. (**siempre** las fechas son aproximadas, ya que están en permanente revisión y tienen variaciones en que lugar del mundo las estudiemos).

Paleolítico (2,5 millones – 10.000 a.C.)

Etapa de sociedades cazadoras-recolectoras. Se desarrollan las primeras herramientas de piedra y el dominio del fuego. Evolucionan distintas especies humanas hasta el **Homo sapiens**, quien impulsa el arte rupestre y tecnologías más complejas.

Mesolítico (10.000 – 8.000 a.C.)

Período de transición tras la última glaciación. Adaptación a nuevos entornos y fauna, uso de microlitos y surgimiento de asentamientos más estables.

Neolítico (8.000 – 3.000 a.C.)

Revolución agrícola: domesticación de plantas y animales. Consolidación del sedentarismo, formación de aldeas y desarrollo de la cerámica y los textiles.

La llamada “Revolución Neolítica”, concepto difundido por V. Gordon Childe, implicó una modificación radical en la relación entre los grupos humanos y su entorno. La adopción sistemática de la agricultura y la domesticación de animales transformó economías depredadoras en economías productoras, generando excedente, estabilidad demográfica y sedentarización

Ahora bien, entre los indicadores más significativos de este tránsito histórico destacan, al menos, cuatro elementos fundamentales:

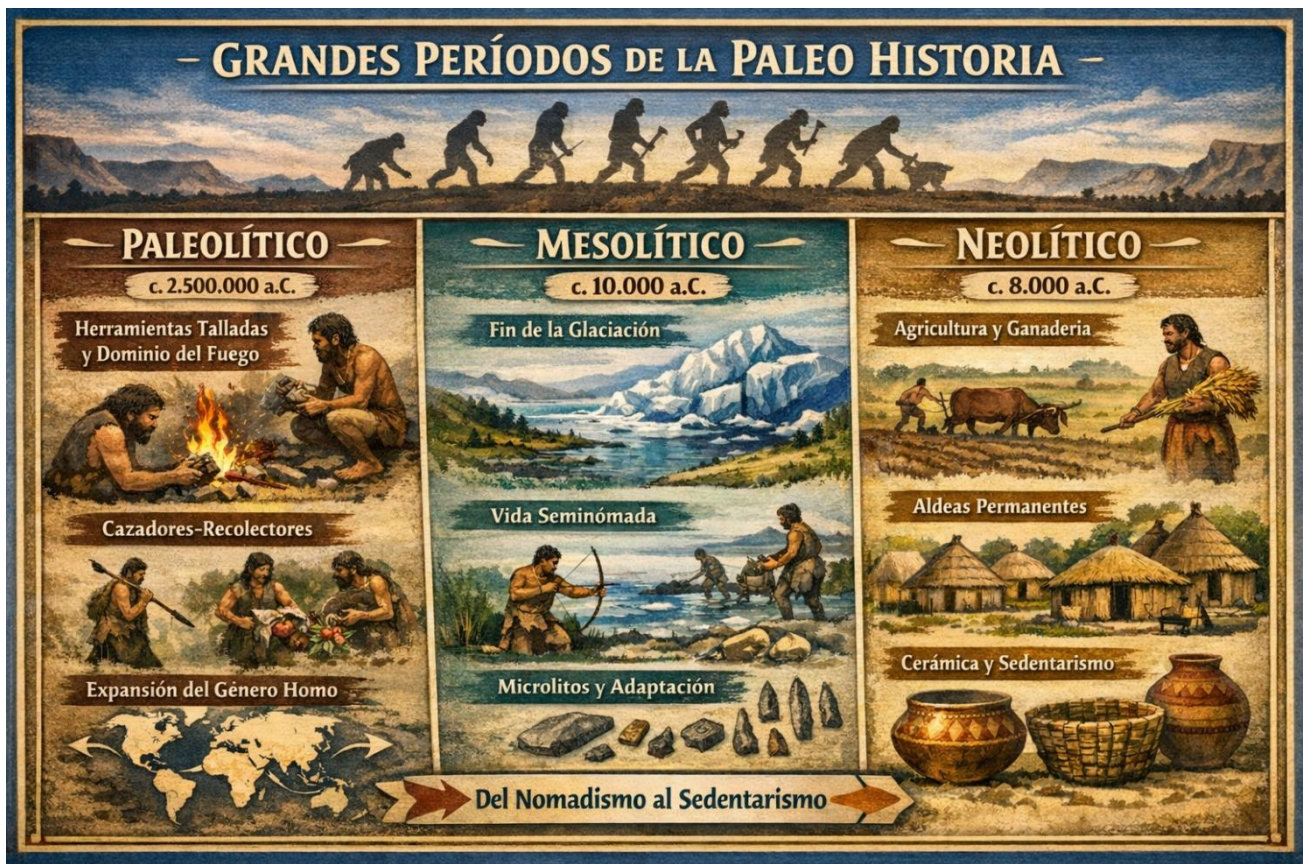
1. **La organización en asentamientos estables**, que progresivamente adoptaron formas proto-urbanas.
2. **El dominio de la agricultura y la domesticación de animales**, procesos que transformaron radicalmente la relación del ser humano con la naturaleza. A ello debe añadirse, como ha señalado el historiador Harry Elmer Barnes, el desarrollo de sistemas de irrigación —como el riego en terrazas— que permitieron la expansión y diversificación de los cultivos. Los animales domesticados no solo proporcionaron

carne y productos lácteos, sino también fuerza de trabajo, constituyéndose en una fuente esencial de energía y poder económico.

3. **La aparición de la escritura**, hito de enorme trascendencia histórica. Sobre este punto, G. Burenhult ha señalado: *“Con el nacimiento del lenguaje escrito, nuestros antepasados dieron el trascendental paso desde la prehistoria no escrita a la historia registrada”*. La escritura inauguraba así la historia como memoria consciente y transmisión sistemática del conocimiento.
4. **La consolidación de organizaciones políticas y sociales incipientes**, que dieron paso a sociedades jerarquizadas y más complejas. Con el surgimiento de la riqueza se estructuraron sistemas sociales diferenciados: reyes-sacerdotes, comerciantes, artesanos y campesinos comenzaron a conformar un entramado social estable.

Desde nuestra óptica, estos cuatro elementos constituyen pilares fundantes de este amanecer humano.

Para comprender este proceso resulta imprescindible acudir a las investigaciones más recientes y al análisis de los vestigios arqueológicos más antiguos. Sobre ellos intentamos encauzar la marcha de la historia, reconstruyendo —con cautela interpretativa— los primeros pasos de la civilización.



La mujer en los principios de las civilizaciones

En el alba de las civilizaciones emerge una de las controversias más significativas de la historia antigua: el rol de la mujer en las primeras comunidades humanas. Se trata de un debate vigente, alimentado por nuevas interpretaciones y descubrimientos arqueológicos.

Diversos estudios sugieren que, ya desde fines del Paleolítico, las mujeres desempeñaban funciones de alta relevancia social y simbólica. Entre ellas destacan aquellas vinculadas con la fertilidad, la sexualidad y el ámbito de lo sagrado. No es casual que muchas representaciones femeninas aparezcan asociadas a atributos relacionados con la reproducción y la abundancia, elementos esenciales para la supervivencia del grupo.

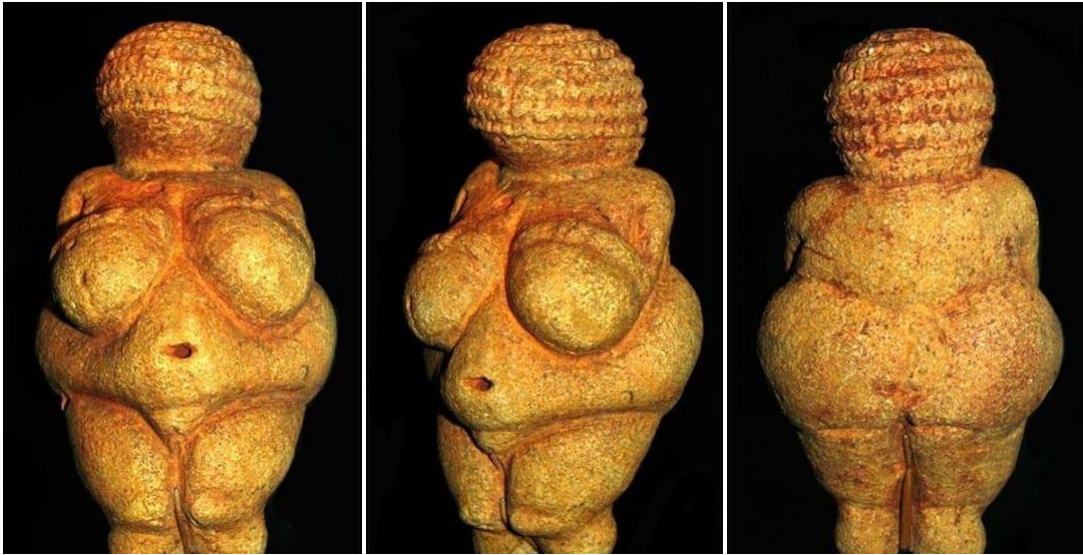
Desde 1908 comenzaron a desenterrarse pequeñas esculturas femeninas que inicialmente no recibieron la atención adecuada. Sin embargo, con el avance de la arqueología prehistórica —y particularmente tras el descubrimiento de “Lucy” (*Australopithecus afarensis*) en la década de 1970— se renovó el interés por la figura femenina en la larga duración de la historia humana.

Obras como *El cáliz y la espada* de Riane Eisler, que propone la centralidad histórica de la mujer desde el Paleolítico, o los estudios de Olga Soffer sobre el llamado “sexo invisible” en la prehistoria, han abierto nuevos caminos interpretativos respecto del papel femenino en las sociedades originarias.

A ello se suma un vasto conjunto de restos arqueológicos: más de un centenar de figuras femeninas —comúnmente denominadas “Venus”— documentadas en distintos puntos de Europa y datadas en el Paleolítico superior. Estas representaciones, algunas de notable fineza técnica, obligan a replantear la visión tradicional sobre la mujer en las primeras comunidades.

Entre los hallazgos más destacados podemos mencionar:

- **Venus de Lespugue:** datada aproximadamente entre 24.000 y 26.000 años antes del presente; mide cerca de 15 centímetros.
- **Venus de Dolní Věstonice:** con una antigüedad estimada entre 25.000 y 29.000 años; considerada una de las piezas cerámicas más antiguas del mundo.
- **Venus de Savignano:** figura de aproximadamente 25 centímetros hallada en Italia.
- **Venus de Willendorf:** descubierta en 1908; datada en torno a los 20.000–22.000 años antes del presente; mide cerca de 11 centímetros.



La Venus o Mujer Willendorf, encontrada en el la actual Austria

Este breve repaso no agota la cantidad de representaciones femeninas conocidas, ni las múltiples manifestaciones simbólicas de la mujer en el Paleolítico y comienzos del Neolítico. Lo que hoy centra la atención de los estudiosos no es solo su antigüedad, sino su significado.

Las interpretaciones más extendidas vinculan estas figuras con la fertilidad, la sexualidad y el culto a la vida. De ser así, el papel de la mujer habría estado asociado a uno de los aspectos esenciales de las primeras comunidades: la supervivencia biológica y la relación con lo trascendente. En este sentido, la mujer no sería un elemento periférico en el origen de la civilización, sino una figura situada en el corazón mismo de su gestación simbólica y social.

Los inicios del urbanismo en el mundo: organización, simbolismo y complejidad social

El urbanismo y, con él, la ciudad, constituyen una de las más altas expresiones de la organización humana. No se trata únicamente de construcciones materiales, sino de una transformación profunda en la manera en que las comunidades conciben el espacio, el tiempo y la convivencia social. La ciudad es el resultado de un largo proceso evolutivo vinculado a la sedentarización, al excedente productivo y a la creciente complejidad simbólica y política de las sociedades humanas.

Cuando hablamos de urbanismo en sus fases iniciales, nos referimos a formas incipientes de organización espacial desarrolladas por comunidades del Neolítico temprano, en las que ya es posible identificar planificación, delimitación del espacio y especialización funcional. Estas primeras configuraciones no siempre pueden considerarse “ciudades” en sentido estricto, pero sí constituyen antecedentes fundamentales del fenómeno urbano.

La ciudad, en su definición más amplia, implica la ordenación consciente de espacios públicos y privados, la articulación de funciones económicas, sociales y religiosas, y la existencia de una comunidad que reconoce un territorio común como hábitat permanente. Supone, además, una decisión colectiva: establecerse, organizar el trabajo, protegerse y proyectarse hacia el futuro. La emergencia de la ciudad representa, por tanto, un salto cualitativo en la historia de la humanidad.

A continuación, se presenta una breve revisión de cinco principales enclaves proto-urbanos del Cercano Oriente, considerados hitos en el proceso de gestación del urbanismo:

1. **Göbekli Tepe** (actual Turquía) – ca. 9600–8200 a.C.
2. **Jericó** (Tell es-Sultan, actual Palestina) – ca. 9000 a.C.
3. **Çatalhöyük** (actual Turquía) – ca. 7000 a.C.
4. **Susa** (actual Irán) – ca. 4000 a.C.
5. **Uruk** (actual Irak) – ca. 3500 a.C.

Göbekli Tepe: monumentalidad sin urbanismo consolidado

El complejo arqueológico de Göbekli Tepe, situado en el sudeste de Turquía, constituye hasta ahora una de las construcciones monumentales más antiguas conocidas. Sus estructuras circulares con pilares monolíticos en forma de “T”, decorados con relieves de animales, evidencian una notable capacidad organizativa y técnica.

Aunque no existen pruebas concluyentes de un asentamiento permanente asociado al sitio, la magnitud de la obra supone la existencia de una comunidad capaz de coordinar trabajo colectivo, simbolismo religioso y planificación espacial. En este sentido, más que una ciudad, Göbekli Tepe representa un antecedente del urbanismo ritual: un espacio deliberadamente organizado con fines simbólicos, que revela un nivel avanzado de cohesión social.

Jericó: sedentarización y delimitación del espacio

El asentamiento de Jericó, en el valle del Jordán, ofrece evidencias más claras de sedentarización permanente hacia el 9000 a.C. La presencia de viviendas circulares, estructuras defensivas y una torre monumental sugiere no solo estabilidad habitacional, sino también organización comunitaria y control del territorio.

Aquí ya no estamos ante un simple santuario, sino ante una comunidad que construye y delimita su espacio vital. La planificación, aunque rudimentaria, indica la transición desde el asentamiento agrícola hacia formas proto-urbanas. Jericó representa uno de los primeros

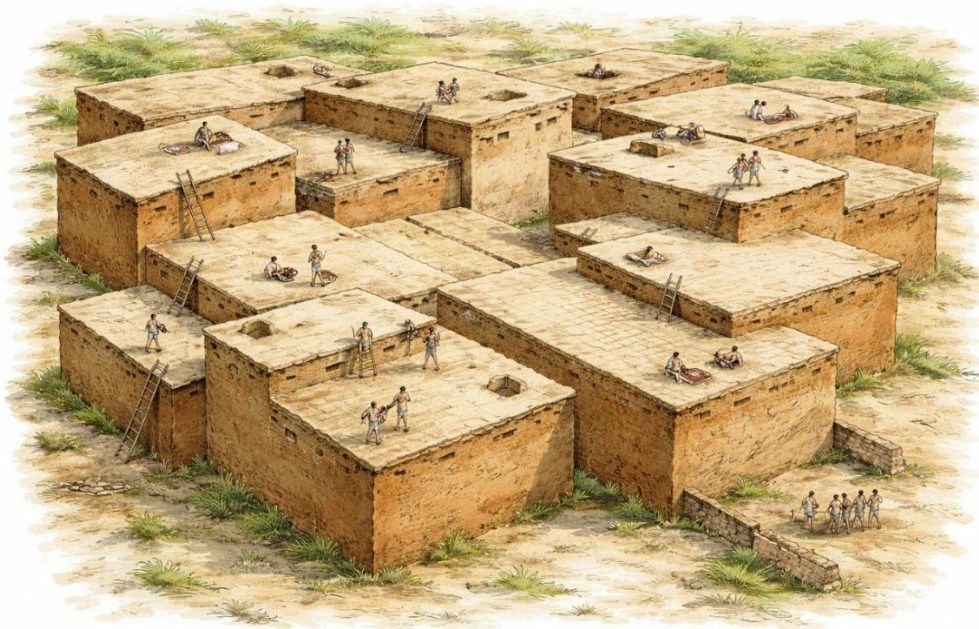
ejemplos donde puede hablarse de un núcleo humano estructurado en torno a recursos hídricos, agricultura y defensa.

Çatalhöyük: densidad, simbolismo y complejidad social

En el sur de Anatolia, Çatalhöyük (ca. 7000 a.C.) constituye uno de los ejemplos más notables de asentamiento neolítico de gran escala. Con una extensión aproximada de 13 hectáreas en su momento de mayor desarrollo, presenta una configuración arquitectónica singular: viviendas rectangulares adosadas unas a otras, sin calles definidas, con acceso por los techos.

Esta disposición revela una forma alternativa de organización urbana, donde la circulación se realiza por las cubiertas y el espacio público tradicional está prácticamente ausente. Las excavaciones han revelado pinturas murales, figurillas —muchas asociadas al simbolismo femenino— y enterramientos bajo las viviendas, lo que indica una fuerte integración entre vida cotidiana, ritualidad y memoria ancestral.

En Çatalhöyük se observa ya una complejidad social considerable: especialización artesanal, agricultura consolidada, prácticas religiosas estructuradas y un sentido comunitario profundamente arraigado. Aunque carece de planificación urbana ortogonal, su densidad y continuidad lo convierten en un referente fundamental para comprender el tránsito hacia la ciudad.

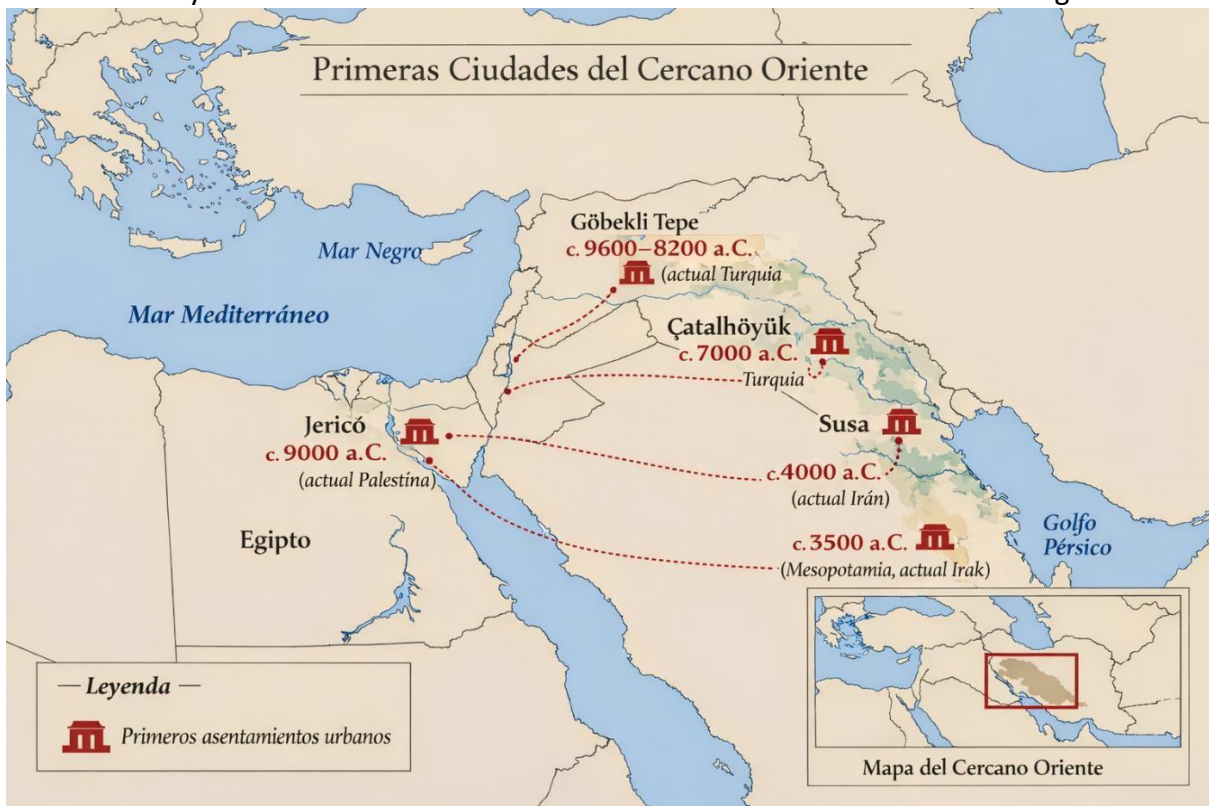


Çatalhöyük, era una urbe perfecta, ya que daba seguridad a la comunidad, en ella no había calles, se caminaba por los techos.

Mesopotamia: el nacimiento de la ciudad plena

Con Susa y, especialmente, Uruk, hacia fines del IV milenio a.C., se consolida el modelo de ciudad propiamente dicha. Aquí aparecen rasgos distintivos del urbanismo clásico: diferenciación de barrios, arquitectura monumental, templos, administración centralizada y sistemas proto-escriturales.

Uruk representa un punto de inflexión: el espacio urbano se convierte en centro político, económico y religioso. La ciudad ya no es solo asentamiento, sino institución. Surgen jerarquías sociales definidas, burocracia y una clara separación entre funciones productivas, ceremoniales y administrativas. Nos encontramos ante el umbral del mundo antiguo.



Conclusión

Los inicios del urbanismo muestran un proceso gradual de complejización social. Desde espacios rituales organizados como Göbekli Tepe, pasando por comunidades sedentarias como Jericó, hasta asentamientos densos y simbólicamente elaborados como Çatalhöyük, se observa una progresiva estructuración del espacio humano.

Hacia fines del IV milenio a.C., con el surgimiento de ciudades mesopotámicas como Uruk, la humanidad entra plenamente en la era urbana. Las comunidades son sedentarias, dominan la agricultura y la ganadería, desarrollan estructuras políticas y religiosas y comienzan a institucionalizar el poder.

La ciudad, en definitiva, no es solo un conjunto de edificaciones: es la materialización de la voluntad colectiva de vivir en sociedad, de organizar el trabajo, de construir memoria y de proyectar el futuro. Con su aparición, el ser humano inaugura una nueva etapa histórica que dará paso al desarrollo de las grandes civilizaciones del mundo antiguo

Prof. Guillermo Cortés Lutz

Doctor en Historia

Director Revista de Historia de Atacama RHA

